

Decimosexto domingo del Tiempo Ordinario C2019

Las lecturas de este domingo hablan de la importancia de la hospitalidad. Muestran que la práctica de la hospitalidad trae bendición de Dios para el huésped y el anfitrión. También nos invitan a la práctica de la hospitalidad como una respuesta de fe a la ley de la caridad.

La primera lectura describe la hospitalidad de Abraham hacia los tres extranjeros que llegaron a su casa. Muestra su disposición a servirlos y su generosidad al darles la bienvenida en su casa. También muestra la promesa de bendición que había recibido gracias a su espíritu de hospitalidad.

Lo que este texto nos enseña es la idea que la hospitalidad es una fuente de bendición para quienes la practican. También existe la idea de que las buenas acciones realizadas en nombre de nuestra fe no se quedan sin recompensa. La última idea esta relaciona con la certeza de que Dios visita a los seres humanos de muchas maneras, a veces bajo la forma de la apariencia humana.

Este texto nos ayuda a entender el punto del Evangelio de hoy en que Jesús es recibido por las dos hermanas, Marta y María. En primer lugar, el Evangelio habla de la visita de Jesús a una pueblada donde las dos hermanas, Marta y María, vivieron. Pues, habla del cuidado que tuvo Marta en servirle mientras su hermana se quedó en escuchar a Jesús hablando.

Después de esto, el Evangelio habla de la reacción de Marta que rogó a Jesús que su hermana puede ayudarla. Entonces, da la reacción de Jesús, que apreció la actitud de María sin necesariamente condenar a Marta.

¿Qué aprendemos de las lecturas de hoy? Hoy quiero hablar de la alegría de la hospitalidad. Permítanme comenzar con una historia. En una de las parroquias en que he trabajado, una pareja me invitó a cenar en un restaurante. Esta invitación me causó mucha alegría, porque me dio una oportunidad de ir a un restaurante que no me podía permitir por mí mismo.

Como estaba enviado a una otra parroquia, la señora de esa pareja me recordó de la cena que me dieron, pero no en buenos términos, pero en termos de la queja. De hecho, se quejó de que desde que me invitaron, nunca me molesté para invitarlos en torno hasta ahora que me estaba despidiendo. Sinceramente me sentí avergonzado, porque fracasé abiertamente a la práctica de una de las reglas de la cortesía.

Pero, su denuncia llevó también mi alegría de haber cenado con ellos, porque no esperaba tal reacción. No cabe duda de que tenían razón, porque nuestra sociedad requiere que cuando sea invitado, haga lo mismo.

¿Pero, hay una pregunta: es posible de ofrecer nuestra hospitalidad a la gente sin esperar algo en torno, como lo hizo Abraham, con la expectativa que solo Dios podría recompensarnos? ¿En otras palabras, al esperar a ser invitado en torno, no limitamos el gozo de la hospitalidad a la reciprocidad y mutua paga? En este caso, reclamar y esperar ser invitado en torno, ¿no nos dejamos ser pagados en lugar que solo Dios nos paga?

Esta actitud es exactamente lo contrario de María y Marta quienes dieron la bienvenida a Jesús a su casa sin esperar ser reembolsado. ¿No hay un gozo que sólo Dios puede recompensar cuando damos la bienvenida a la gente sin que nos dan algo en torno? Creo que hay. Y es este gozo que empujó a Marta para servir con afán y María a escuchar al invitado, Jesús, con atención.

Ciertamente en este evangelio, Jesús valora más la actitud de María que la de Marta. Sin embargo, esta apreciación no significa rechazo, como si Jesús amaba a María a causa de su pasividad y no le gustaba a Marta para su actividad. Lo que está en juego en el Evangelio es la expresión de dos temperamentos diferentes al servicio del Señor. De hecho, somos todos diferentes y no iguales; pero, somos complementarios unos los otros. Algunas personas son naturalmente llenas de actividades; otras son naturalmente tranquilas.

No hay nada malo en ser quienes somos. Que uno puede sentarse en silencio y orar, y otro puede servir al Señor; es correcto. Ambos sirven al mismo Dios, pero cada uno a su manera. Dios necesita sus Marías, así como sus Martas. Necesitamos las Marías, pero también necesitamos las Martas. Por lo tanto, el evangelio no es sobre Jesús que reniega a los trabajadores y alaba los feos.

Si Marta es reprendida, no es a causa de su trabajo, sino porque está ansiosa y preocupada por muchas cosas. Se dedicaba al trabajo antes de escuchar la palabra. En otras palabras, la palabra de Jesús es una fuente importante de fortaleza para los que cometen sus vidas para servir a sus semejantes y, así, proporcionan la hospitalidad. Cuando se sienten vaciados con la carga de las labores duras, encuentren fuerza y energía sólo en la palabra de Jesús.

Por supuesto, María es alabada, pero no porque está inactiva y no parece ver la carga de su hermana en la cocina. Cuando Marta se quejó acerca de su hermana, Jesús no dijo que Marta no tenía razón de recordar a su hermana sus compromisos, ni hace fomentar una actitud perezosa en María. Sólo dice que lo más importante estaba escuchar su palabra.

Pero, ¿por qué es la escucha de la palabra tan importante? Para Jesús, en efecto, cuando las personas participan en trabajo sin escuchar la palabra en primer lugar, hay un riesgo de convertir su actividad en activismo. Al final se consumen así que están ansiosos y nerviosos en la menor dificultad. La palabra de Jesús, por el contrario, energiza y da otra mirada a nuestro trabajo. Después de todo, como dice el Salmo 127: 1, "si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los albañiles; Si el Señor no protege la ciudad, es vano vigila el centinela."

La conciencia de que los frutos de nuestro trabajo vienen de la bendición de Dios provoca el sentimiento de gratitud y la oración de acción de gracias a Dios que nos mantiene en buena salud y bendice la obra de nuestras manos. Si alguien trabaja en tal espíritu, puede asumir las dificultades de su trabajo con alegría, como una participación en la mejora de la creación de Dios, la mejora de la vida de su prójimo y el bienestar de sus seres humanos y el bienestar de los suyos.

Puede el Señor Jesús traer cada uno de nosotros a dar lo mejor de nosotros mismos al servicio de nuestro prójimo para la gloria de Dios y de nuestro bienestar! Que nos ayude mostrar hospitalidad unos a otros sin esperar la ayuda en torno. Que dios los bendiga a todos!

Génesis 18: 1-10a; Colosenses 1: 24-28; Lucas 10: 38-42



Fecha de la Homilía: el 21 de Julio, 2019

© 2019 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20190721homilia.pdf